

1570

CAPITULO XXXVII.

¡Solo contra cuatro mil!

EFECTIVAMENTE, Adrián había pasado con su guerrilla la noche anterior, á una legua de Santa Ana; había mandado sus emisarios á la Botica con la carta para Refugio, evitando entrar al pueblo porque así lo exigía el sigilo de las operaciones. Iba á la cabeza de veinte hombres bien montados y armados, siendo siempre su segundo Tomás Ramírez, que era tan obediente subalterno como fiel amigo de Adrián.

El Sur de Jalisco, no obstante las tres grandes derrotas que habían sufrido los liberales en aquel rumbo, se encontraba como siempre, atestado de fuerzas que obedecían entonces como jefe al gobernador del Estado Licenciado Pedro Ogazón, que como Degollado, no era militar, pero que tenía sin embargo algunas buenas dotes, y entre ellas la de hacerse querer y respetar hasta de los bandidos de la peor especie.

Hacia apenas dos meses que había enviado una fuerte reprimenda al coronel Antonio Rojas, afeando las fechorías que estaban cometiendo sus hombres en Tepic, y las enérgicas comunicaciones que trataron de ese asunto verdaderamente enojoso, fueron publicadas en los periódicos de los liberales. Esto hacía suponer que Rojas, acostumbrado á la vida independiente y de pillaje, no volvería más á ponerse á las órdenes de Ogazón.

Sin embargo, apenas fué llamado por considerarse necesarios sus servicios contra la campaña que se prevenía iba á abrir Miramón, se apresuró á marchar, obedeciendo sin chistar el mandato, y antes bien, llegando muy sumiso y casi avergonzado de haber incurrido en el desagrado de su jefe.

Cuando estuvo en presencia del general Ogazón, éste le dijo con la seriedad que le era característica:

—Señor coronel Rojas: he tenido muchas quejas de su sección.

La fuerza que mandaba este jefe no se llamaba ya guerrilla, porque llegaba casi á mil hombres, ni tampoco brigada porque era hacerle mucho honor, y se le distinguía con el nombre de «Sección Rojas.»

—Señor general Ogazón, es posible que mis muchachos no se hayan portado como la gente, contestó Rojas con el descaro que le era peculiar.

—Yo quiero que nuestra causa no sufra desprestigio.

—Nuestra causa nada tiene que ver con los desórdenes que comete una tropa que no pertenece al ejército. Unas son las bellaquerías de los muchachos que no pueden contenerse, y otra es la Constitución que está por encima de todas esas pequeñeces.

Ogazón, con ser tan serio, estuvo á punto de reírse, y replicó:

—Ya mandé á usted una nota, señor coronel Rojas, previniéndole que establezca mejor disciplina en sus soldados.

—La recibí, señor licenciado, contestó Rojas como equivocándose, y le contesté á usted que ya se mandaba poner en conocimiento de la tropa. Esa noche se me desertaron sesenta hombres.

—Mejor que se hayan ido si eran insubordinados.

—Pero eran los más valientes, y me han hecho mucha falta.

—Bien, ¿y qué fuerza es que roben, que maten y que violen mujeres?

—Señor gobernador, la revolución no se hace con ángeles.

—Es mejor no hacerla si se ha de hacer con pillos. ¿No ve usted cómo nos llaman los conservadores en su prensa?

—¿Cómo?

—Latro-liberales, hacheros, salteadores y bandidos.

—¿Pues acaso no hacen ellos peores cosas que nosotros? ¿No se han robado las conductas, no se han sacado la plata de las iglesias, no han matado á toda clase de prisioneros, hasta médicos, niños y practicantes de medicina? Yo lo único que hago es dejar manos libres á los muchachos cuando entramos en pueblos hostiles.

—No es mi objeto discutir, sino ordenar, concluyó diciendo Ogazón. Ordeno á usted que establezca la mejor disciplina en su sección, principalmente mientras se encuentre al lado de las tropas de Jalisco, porque de otra

manera, me veré precisado á castigar ejemplarmente á cuantos tengan una conducta relajada.

Rojas se inclinó, sonriéndose, como queriendo decir: —Falta que yo te deje hacer tus ejemplares.

—Ahora refiérame usted algunos pormenores de lo que ha sucedido en Tepic.

—Pues nada, que fui allá como se me ordenó y logré darles soberanas tundas á los lozadeños y á los de Rivas, que son peores que todos los nuestros, porque esos si roban y matan que es un primor. Otra de esas zurras la llevó Calatuyud, general mocho hasta los tacos, luego vino Coronado y entramos á la ciudad á sangre y fuego. En menos de dos meses tres grandes victorias. Por eso aumentó mi sección á mil hombres, y cuento ahora con los mejores caballos y las mejores armas.

—¿Y cómo hizo usted para separarse de Coronado?

—La verdad es que me costó mucho trabajo venirme, porque no quería que me separara de Tepic; pero en primer lugar, á mí no me gusta encerrarme en las poblaciones, luego él no daba ningunas trazas de emprender operacion alguna, y por último, recibí las órdenes de usted y le manifesté que eran á las que debía obediencia. Aquí no hacemos nada, le dije, y allá si tenemos que verles la cara pronto á Márquez ó á Miramón.

—Márquez ha sido separado del ejército de la reacción.

—Sí, ya sé que lo mandaron preso á México.

—Ahora el que va á venir á atacarnos muy pronto es Miramón.

—Pues lo siento, porque á ese no le ha llegado aún su turno de que lo derrotemos.

—Pero le ha de llegar.

—No creo que será ahora, mi señor general Ogazón.

—¿Por qué?

—Porque siempre que viene trae el doble de tropa que la nuestra y muchos mejores elementos de guerra.

—Así es; pero con todo y eso nunca ha podido causarnos una derrota definitiva, y menos nos la causará ahora que no hay uno solo de nuestros hombres que no tenga fé en la causa que defendemos.

—Lo cual quiere decir que nos dispersará, pero no nos vencerá. ¿Y en dónde le presentaremos acción si es que viene?

—Como no podemos presentarle batalla campal, tal vez tengamos que retirarnos más al Sur, donde encontraremos las ventajas del terreno. Es un punto que no está resuelto todavía.

—Si se resuelve la batalla campal, mis muchachos darán una buena carga.

—No tenemos artillería para combatir con la de Miramón, y además hay entre los infantes muchos reclutas, apenas buenos para defender posiciones. En fin, ya veremos lo que puede hacerse, según lo que nos comuniquen nuestros exploradores. Entre tanto, vaya usted á descansar á su alojamiento, sin dejar de recomendar la buena conducta á sus muchachos.

—Este don Pedrito, se salió diciendo Rojas entre dientes, está creyendo seguramente que andamos haciendo la guerra con monges ó con escolantes.

El general Miramón, entre tanto, no perdía su tiempo en Guadalajara. Fuera de los cuatro mil hombres que componían la guarnición, todos fogueados, todos prácticos en la guerra, había hecho que se reconcentraran otros tantos, dejando desguarnecidas temporalmente muchas

poblaciones del interior, porque quería en esta vez destruir por completo el foco revolucionario del Sur de Jalisco, no sólo derrotando á las fuerzas que estaban allí reunidas, sino dejando fuertes destacamentos en los puntos conquistados á fin de evitar toda reunión ulterior.

Cuando llegó á Guadalajara el general Woll, que era uno de los jefes más distinguidos en el ejército tacubayista, le dijo Miramón:

—General Woll, á usted solo esperaba para dejarlo aquí, mientras yo voy á pacificar el Sur del Estado y Colima.

—Exmo. señor, le contestó Woll, estaba en la creencia de que á mí era á quien iba á encomendarme esa campaña, porque . . . en fin, todo el mundo dice que el señor Presidente no debe prodigarse en los combates ni sufrir tantas fatigas.

Miramón se sonrió por el principio de adulación fina que había en aquellas palabras, y porque no tenía fé más que en sí mismo, y contestó:

—Señor general Woll, usted se queda aquí con una misión más importante: cubrirme la retaguardia, defender esta plaza y gobernar este Estado que es la llave para la pacificación de toda la República.

—Señor Presidente, contestó Woll inclinándose, yo acato como debo las disposiciones de vuestra excelencia, y si me he permitido aventurar una idea, fué sólo en servicio del supremo gobierno.

—Yo le agradezco mucho, general, sus buenas intenciones; pero tengo mis planes para esa campaña que sólo va á ser para mí un juego de niños, una diversión, una especie de paseo en que se me quisiera poner por obstáculo una tropa de soldaditos de barro.

Woll volvió á inclinarse. Miramón continuó diciendo:

—Le dejó á usted una situación, si no bonancible, al menos bastante pasadera. Consigné ya para el pago de la conducta que se robó Márquez, el producto de las aduanas del Pacífico que voy á conquistar. Ya nos pertenece San Blas, una vez que fué derrotado y muerto Coronado en Tepic por las tropas de Lozada, y pronto, según mis noticias, serán nuestros otra vez Mazatlán y Acapulco. Aquí el clero no quería soltar los cordones de la bolsa, so pretexto de que ya se han vaciado sus arcas, pero ya arreglé que usted tenga fondos de esa procedencia en cualquier momento apurado. . . .

—Yo digo una cosa, señor Presidente, interrumpió casi Woll, si es el clero el que ha hecho esta revolución desde el plan de Tacubaya, si es público que él sostiene la guerra, si está interesado como nadie en la destrucción del liberalismo, ¿por qué hace tanto *refilión* cada vez que se le pide dinero?

—Son comedias, contestó el señor Presidente. Al clero le gusta sacar la castaña con la mano del gato. Con gusto vería que metiéramos á todos los sacerdotes á la cárcel para poder decir que había cedido á la violencia. Quiere la guerra, la provoca, la sostiene, la atiza, nos ha lanzado á ella á todos los hombres de acción que tenemos algún interés político que satisfacer ó algún rencor que vengar, daría la mitad de sus millones por tal de que se hiciera real el exterminio de los juaristas; pero como no tiene mucha fé en el éxito, teme las represalias: eso es todo: si tuviera seguridad en nuestro triunfo, y que después de nuestro triunfo fuera para él todo ó la mayor parte del poder, no procedería con esa cautela, con esa timidez,

con esa gazmoñería. . . . En suma, tiene mucho miedo á la reacción liberal.

—¿Pero no lo comprometen bastante los *Te Deum* y demás manifestaciones religiosas, todas esas protestas y pastorales que se han lanzado al público, y todos sus demás actos en que manifiesta el odio más vehemente contra los juaristas?

—Nuestro clero es así, amigo mío, y es necesario tomarlo ó dejarlo. Nosotros ya lo tomamos y vamos adelante. Hoy entrará usted en posesión de su importante cargo para que me ayude á expeditar mi marcha.

Woll empuñó las riendas del gobierno, impuso el préstamo respectivo, mandó coger de leva los hombres que se necesitaron para cubrir las bajas de los cuerpos, dispuso que se embargaran carros y acémilas, y antes de ocho días estuvieron todos los preparativos hechos para que el joven Macabeo pudiera ponerse en campaña.

Ogazón estaba muy al corriente de cuanto sucedía en Guadalajara, tanto porque mantenía buenas inteligencias con algunos liberales que estaban dentro de la plaza, como porque las guerrillas exploradoras que llegaban hasta muy cerca, destacaban á algunos hombres disfrazados de carboneros para que se procuraran noticias.

Algunas veces sucedió que estos guerrilleros disfrazados eran cogidos de leva, y tenían que militar contra su opinión en las filas tacubayistas, mientras llegaba la oportunidad de que pudieran escaparse.

Entre los jefes de guerrilla que pululaban en los contornos de Guadalajara atrapando correos, cogiendo caballos que pertenecían al enemigo y dando buenos sustos á las autoridades tacubayistas con los *albazos* que recibían, el que más se señalaba por sus atrevimientos era Adrián

Canales, que solía llegar hasta las garitas. Nunca se logró hacerlo caer en las emboscadas que se le ponían, porque cuando se le esperaba por un lado, aparecía en el opuesto á diez ó doce leguas de distancia, y á veces aparecía casi simultáneamente en dos puntos diferentes, como si tuviera el don de la ubicuidad. Estos movimientos y vigilancias ejercidos tenazmente sobre la plaza, le daban facilidad para estar comunicando á Ogazón quiénes entraban y quiénes salían, cuántos carros, cañones, hombres y caballos, poco más ó menos, iban á moverse y cuáles jefes formarían en la expedición: hasta que llegó un día en que le dijo: «Mañana salen unos seis mil hombres con cuarenta piezas, al mando de Miramón, con dirección á Zapatlán y Colima.»

En efecto, el día 8 de Diciembre, muy temprano, desfiló una lucida división, muy bien equipada, que fué á pernoctar al pueblo llamado San Agustín, á unas tres ó cuatro leguas al Sur de Guadalajara. Establecido allí el campamento, al oscurecer se encendieron las fogatas en una grande extensión, y á las diez de la noche, después que se había tocado silencio, comenzaron los tiroteos y las alarmas: era que las guerrillas de los liberales se acercaban para inquietar al enemigo. Como ya se sabía que no se podía temer ningún combate serio, bastaba con las contraguerrillas para despejar el terreno; pero sin embargo, la tropa no podía entregarse al sueño tranquilamente.

Al otro día continuó su marcha la división, las guerrillas habían tomado ya la delantera y se distinguían á lo lejos por el polvo que iban levantando en distintas direcciones.

Adrián Canales cumplió el ofrecimiento que había

hecho á Refugio: la mandó aviso de que iba á llegar para que lo esperara en la Botica. Entró con su guerrilla á la plaza, no estaba Refugio y tuvo que esperarla, á pesar de que las tropas enemigas estaban ya entrando á la población.

—Vete con los hombres á esperarme en la salida de la población, dijo á Tomás. Yo tengo que ver á Refugio, luego te alcanzo.

—Es que no podemos dejarte solo: el enemigo está encima.

—Precisamente: para no llamar la atención. Ya te sigo: pronto, pronto.

Ya se oían el tropel de caballos cerca y los toques de cornetas lejos.

Tomás obedeció, yéndose con la gente, y casi al mismo tiempo llegó Refugio acompañada de una sirvienta. Estaba desolada, llena de fatiga, pálida, llorosa.

—Vete, Adrián, no expongas tu vida: yo por poco no vengo, y es seguro que mi padre me sigue. . . . ya están allí los soldados. . . . ¡por Dios te lo pido! No estés más aquí.

—Ha de venir Pedro en esa fuerza, dijo Adrián tranquilamente teniendo siempre su caballo de la brida, te dejo encargado mi honor. . . . fío en tu firmeza.

—Nada tienes que temer, te lo juro; pero vete.

En ese momento desembocó la primera partida de hombres armados: eran los exploradores mandados por Pedro Ordóñez.

—Pues bien, ¡adios! exclamó Adrián abrazándola y brincando sobre el caballo, entra á la Botica y cierra la puerta para que no veas lo que va á pasar.

—¡Adrián, Adrián mío! pudo apenas decir la

joven que fué arrastrada para el interior por el boticario.

Se habían oído ya los primeros tiros.

Como en esos momentos Pedro y los suyos partieron al galope para apoderarse de Adrián, éste ya no pudo echar á correr sin grave peligro de ser tocado por la multitud de balas que se le disparaban, y prefirió parapetarse tras una pilastra, haciendo fuego con su pistola. Tenía tres pistolas, la del cinto y dos de la silla: dieciocho tiros disponibles. Los primeros los aprovechó bien: dos hombres cayeron y los demás se detuvieron ó se replegaron. Toda la columna de cuatro mil hombres que venía en marcha, tuvo que detenerse.

Unos preguntaban:

—¿Son muchos?

Otros sólo decían:

—¡El enemigo! ¡el enemigo! y preparaban sus fusiles como para dar una descarga.

Los jefes mandaban á sus ayudantes para que se informaran de lo que pasaba.

Pedro gritaba en medio de la confusión general:

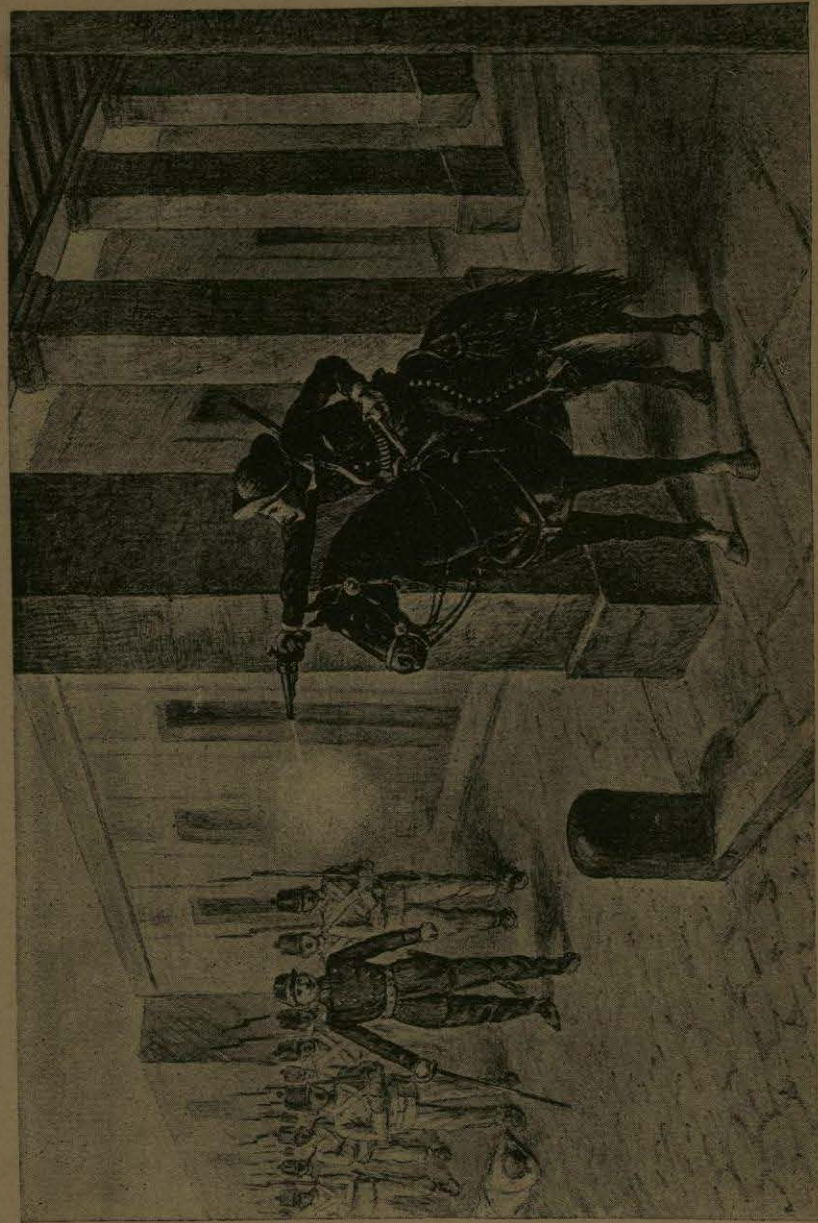
—Es uno solo, vamos á cogerlo. . . ¡avancen!

Pero en el momento en que se ponía al frente de sus hombres, cayó herido su caballo y gritó:

—¡Condenación! siempre ese hombre me ha de burlar.

Adrián se aprovechó de este momento de vacilaciones y de desorden para salir á escape de la población.

El solo se había defendido de cuatro mil hombres, ó por lo menos había logrado que cundiera entre ellos la alarma. Los otros dos mil formaban la extrema retaguardia.



Uno contra cinco mil.



CAPITULO XXXVIII.

El hombre-piedra.

OGAZÓN era un hombre sereno y valiente, pero no era soldado. Escogió los puntos más formidables para esperar al enemigo. El terreno áspero, lleno de abismos profundos y de cimas poderosas habría servido á cualquiera otro, si no para triunfar, al menos para no ser vencido; si no para sostener un combate serio, siquiera para ganar el tiempo que se quisiera con marchas y escaramuzas que habría sido imposible que no acabaran con un ejército nada ligero que necesitaba estar siempre compacto. Ogazón escogió las posiciones y cubrió los pasos, como si aquellos solos hubiera y como si entre los contrarios no se encontraran muchos expertos que conocian al dedillo las veredas más ocultas; de manera que fué fácil á Miramón evitar la entrada de frente y hacer una marcha de flanco por el cerro de los Pericos.

Así pudo derrotar, primero á Pueblita que le presentó acción con ochocientos hombres en el punto nombrado, y luego á Rojas en el paso de Taxinaxtla que tenía que cubrir con mil hombres, y que no lo cubrió porque antes fué alcanzado y envuelto, pareciendo inverosímiles dos cosas: primero, que se hubiera confiado á secciones pequeñas la misión de detener á todo un ejército que por fuerza tenía que abatirlos, y segundo, que no hubieran éstos tenido tiempo de colocarse en los puntos que iban á defender, con la debida anticipación.

Sea como fuere, sin duda porque no estaba escrito que se eclipsara aún la buena estrella de Miramón, las muchas torpezas de los liberales hicieron que aquel consiguiera una de las más fáciles victorias en toda la línea. Primero arrolló á Pueblita y á Rojas, según hemos dicho, como era natural que los arrollara, en seguida entró á Colima que le fué abandonado por el gobernador Contreras Medellín, y por último, para coronar la obra, se encontró al grueso del ejército contrario, muy mermado ya, al lado opuesto de la Barranca de Beltrán dispuesto á presentarle batalla, lo cual le hizo exclamar:

—¡Bendito sea Dios! Mucho me temía que hubieran huído ó se hubieran fraccionado.

La resistencia que hicieron los liberales fué enorme, y aunque no llegaron á conseguir que el éxito del combate pareciera dudoso, sí hicieron que la derrota fuera á costa de trescientos hombres de los tacubayistas que quedaron en el campo muertos ó heridos. Después de que los liberales perdieron su artillería, que era entonces la principal señal de la pérdida de una batalla, cada jefe se retiró por donde pudo con la gente que quiso seguirle, para irse á reu-

nir en la costa ó donde podían, para tener á los dos meses un nuevo ejército más ó menos bien organizado.

El que no tuvo suerte en esta vez fué el general don Juan N. Rocha, quien mandaba el famoso 5º batallón de línea desde la época de Comonfort: Rocha fué muerto en la huida por sus mismos soldados, ya fuera por robarlo ó porque se les hubiera hecho odioso por su carácter irrasible y el mucho rigor á que era afecto.

Miramón volvió á México más glorioso que nunca, menudeándose á su paso por las poblaciones que tuvo que recorrer los repiques, los arcos truinfales, los discursos de felicitación, los banquetes y las fiestas religiosas en todas las catedrales, en las que se le recibió como si fuera el Mesías verdadero.

La nota saliente en los brindis, felicitaciones y manifestos, fué ésta:

«Ya todo está bien encaminado: ahora lo que importa es aniquilar á los traidores de Veracruz.»

Esto decían Miramón, los ministros, los eclesiásticos y los periodistas encargados del bombo.

Indicados así los anhelos del bando conservador, apenas pasaron los brindis, discursos, felicitaciones, disticos y manifestos, se comenzaron los preparativos de la nueva campaña, siendo el primero el de los recursos. Se convocó á los ricos comprometiéndoseles á que soltaran doscientos cincuenta mil pesos, porque el clero, siempre que podía se quitaba la *lazada*. Todo estuvo listo para que el soldado de Dios saliera de México el día 8 de Febrero, al frente de uno de los más poderosos ejércitos que hasta entonces habían podido organizarse. Muchos hombres de á pié y de á caballo, muchos cañones, muchos carros, mu-

chas mulas, mucho dinero y mucho entusiasmo para apoderarse del primer puerto de la República.

—Y qué tal, general, preguntó el Arzobispo al general Presidente al despedirse, ¿cree usted que en esta vez caerá la plaza de Veracruz?

—Tengo un plan infalible, contestó Miramón sonriéndose.

—¿Puede saberse siquiera una parte?

—Es mi secreto.

El secreto era éste: el gobierno tacubayista, con el mayor sigilo, había mandado al ministro don Tomás Marín á la Habana con el encargo de comprar unos barcos de guerra, y encontrarse á mediados de Febrero bloqueando con ellos á Veracruz, de modo que el puerto pudiera ser atacado por mar y por tierra al mismo tiempo. De esta manera Juárez y los suyos tenían uno de tres caminos, capitular, rendirse ó sucumbir. Lo probable sería que quedarán sepultados en los escombros.

El plan no podía ser más maravillosamente concebido.

Pero sucede que los mejores planes tienen sus contratiempos. Hay que calcular que aquellos contra quienes se dirigen no se han de estar con los brazos cruzados si los conocen ó los sospechan.

Así fué que el gobierno de Juárez, que tenía buenos amigos, supo lo de los barcos y dió aviso al de los Estados Unidos manifestándole que no sería responsable de los daños que causaran, porque no teniendo bandera autorizada, deberían considerarse como corsarios.

El día, pues, en que deberían comenzar las operaciones sobre Veracruz, después de que Miramón había mandado marinos y tropa á don Tomás Marín, estaba sobre

los médanos nuestro Macabeo esperando que su flotilla apareciera en el horizonte. Estaban con él sus principales jefes y oficiales, y entre ellos el ex-Presidente Robles Pezuela, á quien por lo que pudiera suceder, siempre lo conservaba á su lado.

—Anoche estuvo anclado Marín en Antón Lizardo, según lo convenido, dijo Miramón inquieto, ¿por qué no se presenta aún en la bahía?

—Me parece que esta ausencia de Marín debe estar relacionada con el tiroteo que escuchamos anoche, dijo Robles Pezuela.

—Debió mandarme un aviso, murmuró Miramón.

—¿Y si se le han sublevado las tripulaciones?

—Siendo los hombres en su mayor parte extranjeros, no es probable.

—Tal vez los cien hombres que se le mandaron.

—Tampoco, porque llevaban oficiales de confianza.

—Pues entonces. . . .

Robles Pezuela fué interrumpido por un correo que llegó.

El aviso llegaba de Alvarado y sus términos eran concisos, pero aclaraban el misterio terminantemente: la flotilla de don Tomás Marín había sido capturada la noche anterior por un buque de guerra americano.

—¡Traición! murmuró Miramón poniéndose cárdeno.

—¡Traición! exclamaron también los generales que lo rodeaban.

Y siguieron los comentarios, que tan terribles eran para los americanos como para Juárez y su gobierno. Aquello era un atentado inaudito, era una humillación impuesta, no al partido conservador, sino á la República, pues aunque los buquecitos procedentes de la Habana no

tuvieran bandera, ni pertenecieran á la marina mexicana, llevaban oficiales mexicanos, que de todas maneras pertenecían á uno de los partidos beligerantes, respecto de cuyas luchas debía guardar la más estricta neutralidad el gobierno americano, aunque no la hubiera guardado de ningún modo el capitán general de la isla de Cuba.

Y como casi á esas mismas horas aparecieron en la boca de la bahía una corbeta de guerra americana y los vapores el «Wave» y el «Indianola», estos últimos con bandera mexicana, en virtud de haber sido comprados por Juárez, llevando presos al «Marqués de la Habana» y al «Miramón» que componían la flotilla de Marín, los comentarios fueron más agrios, y entonces fué cuando lleno de ira exclamó el Presidente tacubayista:

—Ya me la pagarán los de la plaza: voy á convertir ésta en cenizas.

¡Y la hubiera convertido en pavezas si hubiera podido!

Lo de Antón Lizardo, pues en el puerto de Antón Lizardo pasó el suceso, fué una cosa muy sencilla, de cualquiera de los dos modos que se considere: ó realmente se tomaron por buques de piratas los de don Tomás Marín, una vez que al pasar frente á Veracruz se les conminó á que izaran bandera y no la mostraron, ó los americanos quisieron prestar esa ayuda á Juárez como republicanos, en contraposición á las *valeduras* que les estaban haciendo á los conservadores las monarquías que los habían reconocido como gobierno, y los estaban fortaleciendo no sólo moralmente, sino con auxilios que se tradujeron en empréstitos y buques procedentes de la Habana.

El «Marqués de la Habana» y el «General Mira-

món,» armados en guerra, pasaron por frente á Veracruz sin querer izar pabellón, fueron denunciados como corsarios, anclaron en Antón Lizardo, mientras se ponían de acuerdo para principiar las operaciones, y á las once y media de la noche se vieron atacados por la corbeta Saratoga y tuvieron que rendirse, siendo llevados los tripulantes á Nueva Orleans en calidad de piratas, en donde todos fueron puestos inmediatamente en libertad, de modo que solo se consiguió que por el momento fracasara una gran empresa.

Miramón, sin embargo de ese contratiempo, que le quitaba sólo una probabilidad de ocupar la plaza y muchas de coger prisioneros á don Benito Juárez y sus ministros, como tenía ocho mil hombres y muchas piezas de artillería dotadas de toda clase de proyectiles, entre los que se contaban buen número de bombas de á placa, mandó establecer desde luego sus baterías y su campo de combate para sitiarse á Veracruz en toda regla.

Aunque era algo impaciente y gustaba de despachar pronto esa clase de asuntos, se propuso gastar una ó dos semanas á lo más en realizar su intento.

El día 6 de Marzo en la noche había sido lo de Antón Lizardo, y el 7 se recibió la noticia en el campo de los sitiadores. El 8 se recibieron los fuegos de la plaza sin contestarlos. El 9 se establecieron faginas de trabajadores para levantar contra-fuertes y fueron ametralladas. El 10 se trabó una ligera refriega fuera de las fortificaciones. El 11 continuaron las escaramuzas, y los sitiados mandaron algunas bombas de catorce pulgadas, con buena dirección, á la Casa Mata ocupada por el Cuartel general de los sitiadores, no sin causar algunas pérdidas. El 12 hicieron un cañoneo muy vivo los de la plaza, para impedir las obras

de los sitiadores que continuaron bajo los fuegos enemigos con toda la violencia que era posible.

El 13 y el 14 se suspendieron las hostilidades y se abrieron las negociaciones de paz á solicitud de algunos diplomáticos extranjeros, por medio del capitán del buque de guerra inglés el « Valorous, » surto en la bahía. El referido capitán, Mr. W. Cornwallis Aldham, se acercó al gobierno de Juárez con una nota del ministro inglés, manifestando que la Gran Bretaña deseaba que se celebrara un armisticio de seis meses, para que una asamblea fuera reunida y resolviera las dificultades.

Juárez dijo que aceptaba todo cuanto se propusiera, con tal de que el convocado fuera el Congreso Constitucional, conforme á la Carta de 1857.

Miramón, por su parte, dijo que los comisionados para el armisticio serían los que dirían de qué manera se convocaría á la nación para decidir las cuestiones pendientes, y que mientras se estableciera un gobierno provisional.

Naturalmente, no quiso ceder ninguno, y el día 15, durante dos horas y media, se estuvo bombardeando la plaza de un modo terrible.

Se dijo entonces que los sitiadores se habían aprovechado del armisticio para establecer sus baterías. El fuego fué contestado también de un modo vigoroso.

El 16, el 17 y el 18 siguió el bombardeo, notándose con cierta admiración que no se trataba de abrir brecha ni de destacar columnas para atacar la plaza, sino de destruirla con los proyectiles que todos iban al centro de la población.

Con ese motivo, el capitán Aldham dirigió una nota á Miramón, diciéndole que era bárbara la forma en que se

estaba batiendo la plaza de Veracruz, pues no se dirigian las bombas sobre los fuertes, sino sobre las casas de los particulares, causando graves perjuicios á las familias nacionales y extranjeras.

«Ese modo de hacer la guerra, le decía el capitán, es á la vez bárbaro é inusitado, contrario á las reglas observadas por las naciones civilizadas, é indigno del corazón de un soldado cristiano.»

Miramón contestó que nadie tenía la culpa más que la obstinación de Juárez, que debía rendirse á fin de que la paz fuera ya establecida en toda la República. A sus generales les dijo:

—La verdad es que nuestros cañones no pueden nada contra esas dobles murallas, y que necesitaríamos perder la mitad de nuestra fuerza para entrar en la plaza.

—Pero si hemos de entrar. . . . dijo Robles Pezuela.

—¿Usted cree que nos dejarán salir? preguntó Miramón.

—Entonces. . . .

—Entonces tendremos necesidad de retirarnos mañana.

En efecto, el día 21 se dispararon los últimos cañonazos, y luego comenzó á retirarse el ejército conservador, sin que hubiera en la plaza fuerzas de caballería para molestarlo en su fuga.

Cuando Miramón llegó á la Capital, después del acostumbrado *Te Deum* en la Catedral, le preguntó el Arzobispo:

—¿Qué es lo que ha pasado por fin en Veracruz?

—Que me he encontrado allí con el hombre-piedra, contestó Miramón.

En efecto, el día 21 se dispararon los últimos cañonazos.

